

Barco Antiguo

Padre Pedro José Ynaraja

El lago de Genesaret o mar de Tiberíades, sufre muchos cambios en el nivel de sus aguas. Se nutre, principalmente, de las lluvias y deshielos de la cordillera del Líbano, que no siempre son igual de abundantes. Observa uno estas variaciones cuando visita la preciosa iglesita de la Confirmación del Primado. Junto a ella se observan unos escalones tallados en la roca, que ya vio la peregrina Egeria (segunda mitad del siglo IV) cuando por allí fue. Le dijeron que era un pequeño puerto por donde subieron los cinco apóstoles, al amanecer posterior a una pesca milagrosa. Texto del final del evangelio de Juan. Pues bien, unas veces las inquietas aguas besan sus bordes, otras se mecen alejadas a bastantes metros de distancia.

LA BARCA DE SAN PEDRO

He contado esta característica del lago, porque hace años se publicó la espectacular noticia de que se había encontrado la barca de San Pedro. Está uno acostumbrado a noticias grandilocuentes, que acaban siendo puro bulo, de manera que no hace demasiado caso a lo que lee. Pero esta vez se confirmó el suceso. Habitantes del kibutz de Guinnosar, habían encontrado, en el fondo del lago, envuelta en limo, una lancha de poco más 8 metros de eslora por 2.3 de manga y 1.2 de altura. Se sacó con meticoloso cuidado, envuelta en espuma de poliuretano, sometida de inmediato a un proceso químico en líquidos que asegurasen su conservación, durante unos 10 años, se embadurnó de cera sintética más tarde, aislándola de posibles contaminantes, cuando permaneciera expuesta al público.

Visitaba el lugar y sabía que a pocos metros, detrás de la pared paralela que seguían mis pasos, estaba tal maravilla, sin que pudiera verla. Modestamente, se la llamó barca antigua, por parte de los descubridores, nada de San Pedro se añadía. Que hubiera podido surcar con ella el lago Pedro o el mismo Jesús, nadie podía, ni puede, asegurar o negarlo. Lo que sí es evidente es que estando datada exactamente entre el 100 AC y el 70 de nuestra era, el bajel sería visto y conocido por ellos, como acontece ahora con los coches de los vecinos del mismo barrio donde habita. El descubrimiento se hizo en enero de 1986 y se dice que cabrían en ella unas 15 personas.

A LA VISTA DEL PÚBLICO,

El Hotel de Guinnosar, de aparente gran lujo, dispone de restaurante al aire libre, apto para cristianos de vocación y modestos de bolsillo. Estaba un día comiendo allí, cuando uno de los comensales me dijo que el bote ya estaba a la vista del público, ya que habían acabado las labores a que se le había sido sometido.

Abandoné la mesa de inmediato y me fui a verlo, mejor dicho a contemplarlo. En el local no había nadie, ni siquiera vigilancia aparente. Estaba prohibido sacar fotografías, solo se podía hacer una cosa y la hice. Me acurruqué en el suelo y, alternativamente, miraba y cerraba los ojos. Cuando los tenía abiertos veía con detalle las carcomidas cuadernas. Cuando los cerraba, imaginaba sin dificultad al Señor sentado allí, dormido o increpando al mar. Fue una de las experiencias más impresionantes que he vivido en Tierra santa y que ya podré repetir.

BIEN ILUMINADA

Ahora la barca está en otra estancia, bien iluminada, se pueden sacar cuantas fotografías uno quiera. El único requisito es pagar la correspondiente entrada, que no es elevada. Gráficos e ilustraciones en los muros dan cuenta de detalles, algunos de los cuales ahora me referiré. Estaba hecha fundamentalmente de madera de pino, de cedro y de encina (aleppo pine, cedrus, quercus ithaburensis, en el universal lenguaje científico). Entre los otros componentes, de menor volumen, señalo el semi-arbusto crataegus, tan abundante por toda la península ibérica, el laurel, el plátano, común en nuestros parques, o el "árbol de Judas" –cercis siliquastrum—cuyas vistosas flores rojas nos sorprenden y admiramos en paseos o jardines. Reconocen los que han estudiado la barca, que las maderas fueron reutilizadas, es decir, que se aprovecharon de otras anteriores lanchas.

En el recinto actual, primorosamente colocado, la barca mantiene estructura y equilibrio gracias a unas varillas de acero inoxidable que la sujetan. La solución es acertada, ahora bien, al verla, tiene uno la sensación de que está en un ámbito hospitalario. Confieso que se hace, o por lo menos a mí me ocurre, difícil, una semejante contemplación de la que pude gozar la primera vez.

Las ilustraciones que acompañan –creo—que es innecesario describirlas. Se refieren a la fachada del edificio y sus letreros, al interior donde está situada la singular barca, con precisos detalles a los que me he referido.